

El primer año de Zuavo, o Suavo, y otros recuerdos de mi infancia festera en Bocairent

Era la mañana de un dos de febrero, el día de la entrada y el Santo de mi madre, y apenas había dormido: La noche anterior había asistido a la cena del “día de las cajas” y, sobre todo, acusaba el nerviosismo de mis primeras fiestas como Zuavo.

No se quien le regaló el uniforme a mis padres pero, dentro de la confusión y las nieblas del tiempo, tengo dos cosas muy claras:

La primera es que no lo estrenaba yo, aunque mi madre, hábil con la aguja, había renovado toda la pasamanería que lucía impecable, tiesa y brillante como el sol.

La segunda es que, como decimos en el valenciano popular, “mes gran era el difunt”¹. Efectivamente el traje me venía grande y mi madre no lo había “encogido” pensando que el tiempo pondría las cosas en su sitio, como así fue, y que en años sucesivos el cuerpo se ajustaría al traje en lugar de ajustar el traje al cuerpo, doctrina bastante sabia porque yo estaba creciendo y no estaban los tiempos para recortar la tela con el riesgo de que al año siguiente me viniera pequeño.

En este caso fue un uniforme “a medida” (a medida que fui ganando tallas) y me sirvió para los dos años siguientes. Recuerdo de forma muy especial el tamaño de la boina, tan grande que tenía que recolocármela continuamente sin conseguir ese aire elegante y descuidado de los veteranos.

Claro que en aquellos años no habíamos caído en las modas ni las vanidades y todo el mundo, yo mismo incluido, heredaba la ropa usada de sus mayores. Yo era el hermano mayor y nunca me ajustaron la de mi padre, que solía vestir uniforme, pero tenía familia en Santander y mi madre se encargaba de recoger y traer a Bocairent “lo que se quedaba pequeño” en aquellas tierras cada vez que hacía una escapada, siempre conmigo, para ver a sus padres.

Conclusión: ni se me ocurrió pensar que el traje no me estaba bien. ¡Era una maravilla de uniforme!

Todavía no existían las escuadras infantiles y nuestra única alternativa eran las carrozas, en las que cargábamos los sacos propiedad de cada uno de los participantes, repletos de caramelos, juguetes de poco valor, y muchos TBO's de la Editorial Valenciana que repartíamos con toda generosidad (unos más que otros porque había quien llegaba a la plaza con más material que el que había subido al camión en la alameda) entre los que llamaban nuestra atención desde las aceras con el clásico “¡a mi!, ¡a mi!”, o entregándolos en mano a los niños que levantaban las madres junto a la carroza mientras nos pedían algo para “el chiquet”.

¡Que importante se sentía uno desde lo alto del camión, señor de las alturas y con poder para ser generoso con los que reclamaban tu atención desde las aceras y los balcones..!

¹ Más grande era el difunto: Frase utilizada cuando heredabas ropa de algún familiar de talla superior a la tuya.

Ya había estado muchas veces en el “maset”² y siempre me maravillaba el entorno y los personajes. Los mayores más currantes, Reverte, los hermanos Molina, especialmente Valentín, y la banda de Luis Quiqueso, Manolo el Carnicero, los hermanos “Campana”, etc.

Había otro grupo al que recuerdo más serio y dogmático, los “opinantes”, entre los que figuraban Francisco Calabuig, Blas Silvestre, José María Molina, Ramón Silvestre y otros, siempre inmersos en graves discusiones sobre cuestiones de fe, de costumbres y de reglamentos. Eran los que marcaban las normas, y recuerdo como me impresionaban sus frecuentes discusiones sobre temas diversos y variopintos, en parte por diferencia de criterios y, en otras ocasiones, porque a alguno de ellos le gustaba “pinchar” a cualquiera de los otros que, invariablemente, entraba al trapo de la provocación.

Y, por fin, el cuerpo social de la comparsa: la gran masa de jóvenes y no tan jóvenes, siempre dispuestos a colaborar en lo que fuera necesario.

¡Esas cenas de los sábados por la noche en el “maset”, en el que cada uno aportaba su propia cena, (mi padre llevaba de vez en cuando medias cabezas de cordero al horno), o en las que se ponían de acuerdo para freir “coradella”³, asar chuletas, embutidos, o lo que se le ocurría al Sargento, siempre acompañadas por “vi i adobat”, y rematadas por la taza de “timonet”⁴ y la “copeta de herbero”⁵!. ¡Que suerte que no hubiera televisión..!

¿Y de que se hablaba en el “maset”? De temas intrascendentes y divertidos: de las peripecias del último viaje a Valencia, de la última broma de fulanito a menganito, de las aventuras y desventuras de los que estaba haciendo “la mili”, de las anécdotas del pueblo, o de temas similares. Todo inocente y sin más intención que pasar un buen rato entre amigos o poner en algún apuro al destinatario de las bromas de cada momento.

Solo recuerdo un tema recurrente y formal, una broma tratada con mucha seriedad: Cada año José María Molina anunciaba que, muy posiblemente, sería su último año de vida, y cada año sus amigos le recriminaban su falta de seriedad porque nunca cumplía su palabra. Es cierto que falleció a temprana edad según los cánones actuales, pero respetable para los de la época.

Mis padres siguieron la tradición y se apuntaron a “la ratlla”⁶, esa prodigiosa banca a domicilio con ingresos periódicos que permitía llegar a las fiestas en buenas condiciones económicas, y favorecía la pequeña “charraeta”⁷ con el responsable de los cobros cada vez que pasaba por casa a recibir la cuota previamente acordada. El pago se confirmaba trazando una raya vertical a la derecha del nombre del pagano en la lista de “apuntados”, en la que también aparecía la cantidad comprometida al principio cada ejercicio, que figuraba en el cuaderno de notas de pequeño formato que guardaba en el bolsillo de la chaqueta.

² Traducción literal: casa de campo de pequeñas dimensiones. En este caso se refiere al local social de cada comparsa, su cuartel.

³ Vísceras y menudillos de cordero

⁴ Diminutivo de “timó”, tomillo en castellano. Infusión típica y popular en Bocairent.

⁵ Licor de hierbas. En Bocairent hierbas de la Sierra Mariola.

⁶ La raya. En alusión a la raya que trazaba en el cuaderno cada vez que se efectuaba un pago.

⁷ Charla corta, breve conversación.

Y si, por alguna razón, esa semana no venía bien pagar la cuota, no pasaba nada. Simplemente no trazaba la línea del “pagado” y era una cantidad menos a devolver el día de la liquidación, el domingo “dels conters”⁸.

Mientras, continuando con la fiesta, había que seguir los actos oficiales: la retreta, la diana del día de San Blas, los desfiles y la misa, ¡el primer piquete, la procesión y la entrada del santo en la plaza!, la batalla que arrancaba desde el depósito de agua, las embajadas, el día del Santo Cristo....

Todo muy de cerca, para no perder detalle.

Sin olvidar, porque era parte principal de las fiestas, el ambiente de las calles y el de los bares, especialmente Solbes, Chimo, y el “Casino dels rics”, con atmósferas increíblemente densas, resultantes de mezclar grandes cantidades de humo de tabaco (todo el mundo fumaba, y mucho, sobre todo tabaco negro de cajetilla o de picadura), la humedad emitida por los cuerpos y la ropa de los clientes que abarrotaban los locales, y el humo de la sepia a la plancha. Todo ello sin apenas ventilación porque las ventanas estaban cerradas para evitar que entrar el frío de la noche. El “más vale humo que escarcha” elevado a la máxima potencia.

Este ambiente, al que sobrevivimos, era escenario de chistes y risas, y de las tonadillas con letra intencionada, apoyadas por la música de canciones de moda, que cada año “estrenaban” y coreaban las diversas comparsas para presumir de logros y virtudes, o para bromear sobre acontecimientos locales.

Hasta que llegaba el día del l'eixabegó y, ya sin uniforme, acudíamos al “maset” para dar buena cuenta de las cazuelas de “arros al forn”⁹ que se cocían en los hornos del pueblo. Los mayores hacían resúmenes y planes, y a los pequeños nos daban permiso para acceder a las ramas de dátiles que colgaban del techo del comedor, intocables hasta ese día, desde el principio de las fiestas.

Pasaron los años y, poco a poco, dejé de ser espectador para convertirme en actor. Participaba en las escuadras, desfilaba en el piquete y asistía con rigor a los actos oficiales. Mi grupo de amigos eran festeros como yo, (Pepe Reig contrabandista, Pepet y Jerónimo mosqueteros, Juan estudiante..) y solíamos aprovechar algún hueco para aparecer juntos en cada una de nuestras casas para comer o cenar. Las madres estaban preparadas y no les suponía ningún problema improvisar un arreglo para salir del paso. Más bien todo lo contrario porque, visto desde la altura de mi edad, seguro que se sentían orgullosas de sus hijos y contentas de que tuviera tan buenos amigos.

Llegó un día en el que decidí salir del pueblo a buscarme la vida. La distancia me dificultó acudir a las fiestas durante algunos años, hasta que me casé y vine a vivir a Valencia. La ilusión continuaba hasta el punto que decidí presentarme voluntario a para ser alférez en 1968 y capitán en 1969, años de sombras y luces, por este orden, en los que me sentí muy arropado por mis amigos y los “clásicos de la filà”.

⁸ De las cuentas, de la liquidación.

⁹ Arroz al horno

Luego las circunstancias de la vida y la exigencia de mis obligaciones me volvió a alejar de las fiestas, hasta el punto que decidí darme de baja en la comparsa, decisión sensata pero dolorosa, que lamenté profundamente.

Pero eso, la capitania y los años posteriores, son otra historia y no quiero desviarme de la razón de ser de estas reflexiones: Recordar las primeras emociones de un Zuavo que ya no lo es de número, pero si de corazón.

¡Festa avant y Vitol al Patró Sant Blai!

Feliz 150 aniversario

José L. Martínez Ángel

—

La comparsa, o "Filà", "Terç de Suavos", en mis tiempos "Tercio de Zuavos", es una de las agrupaciones que participan en las Fiestas de Moros y Cristianos de Bocairent. Pertenece al bando cristiano y este año conmemora el 150 aniversario de su fundación.